

Extrait du El Correo

<http://elcorreo.eu.org/Ratzinger-y-la-batalla-semantica-por-la-liberacion>

# Ratzinger y la batalla semántica por la liberación

- Empire et Résistance - Saint Siège -

Date de mise en ligne : samedi 6 octobre 2007

---

Copyright © El Correo - Tous droits réservés

---

Por Jorge Majfud

The University of Georgia, Agosto 2007

Los primeros siglos del humanismo moderno (XIV...) provocaron diferentes reacciones, entre las cuales podemos observar la resistencia al ideoléxico *libertad*. Santa Teresa de Ávila lo definió así : "ahora se usa más que suele, y es que toda la propia voluntad, y libertad llaman ya melancolía ; [...] no se debía tomar este nombre en la boca (porque parece que trae consigo libertad) sino que se llame enfermedad grave". (*Obras*, 1573)

Si bien hoy en día el ideoléxico *democracia* se ha impuesto con una valoración positiva, casi universal, éste fue resistido de formas diversas. A más de sesenta años de la Revolución francesa, y en medio de un siglo de tensiones políticas en España, Pi i Margall reconocía que hasta entonces, la aristocracia y el clero "se reunían todavía bajo una misma bóveda para legislar sobre los intereses de los pueblos [...] los proletarios no exigían, como los de hoy, las reformas de las leyes sociales para ver aliviados sus padecimientos". Luego, respondiendo a quienes aseguraban que la discordia del siglo se debía a la libertad, Margall respondía que esa rebeldía no era producto de la libertad sino falta de la misma. (*Reacción y revolución*, 1954).

La lucha semántica sobre el ideoléxico *liberación* aparece como problema central en *Instrucción sobre algunos aspectos de la "teología de la liberación"* (Santiago de Chile : Ed. Paulinas, 1986) del entonces cardenal Joseph Ratzinger. Tres de los principios de la lucha de los ideoléxicos consiste en (1) revalorar un término, (2) redefinirlo en sus fronteras semánticas o (3) reivindicarlo cuando se trata de un ideoléxico consolidado en su valoración positiva. Para el siglo XX, el ideoléxico *liberación* podía tener una implicación política negativa en algunos contextos conservadores, pero en un sentido histórico y semántico más amplio su valoración es positiva.

Aunque el concepto de *liberación* es mucho más antiguo que el cristianismo, no es incorrecto atribuírselo como una aspiración fundamental desde sus orígenes clandestinos. Para el hinduismo era liberación de la vida (salirse del *samsara*) ; para el cristianismo, liberación de la muerte (entrar en la vida eterna).

No obstante, Ratzinger explicaba que el surgimiento de los *movimientos de liberación* en su siglo se debía al fenómeno tecnológico que había provocado una excesiva concentración económica. La *degradación de la historia*, propia de la tradición del pensamiento religioso, es así atribuida al demonio de la máquina -esta concepción es central en el pensamiento secular de Ernesto Sábato, especialmente formulado en *Hombres y Engranajes* (1951)-. Atribuida la autoría del mal a un ente inerte, se suspende uno de los problemas centrales de la crítica de los llamados Movimientos de Liberación, especialmente de la Teología de la Liberación, que es aludida en todo el texto del cardenal : la inocultable relación social entre opresores y oprimidos, entre educados e ignorantes, entre herederos y desposeídos, entre ricos y pobres y el rol funcional que las iglesias tradicionales pudieron jugar en el mantenimiento de esas relaciones de poder.

Para Ratzinger, la liberación más radical es la liberación del *pecado*, no la liberación social e individual de las estructuras heredadas como un orden natural y divino. Pero el concepto de "pecado social", desarrollado por los teólogos de la liberación es demasiada acusación para aquellas instituciones que han ostentado gran parte del poder social, político, económico y militar. Por lo tanto, significa una amenaza que debe ser demonizada identificándola con el marxismo y, por ende, con el pecado (individual).

La operación intelectual del autor de *Instrucción...* consiste no sólo en la re-definición de los campos semánticos sino que, además, ésta es realizada con otros ideoléxicos de alta abstracción : la *liberación* es la restitución de la *libertad* ; es la *educación* para la libertad ; es el uso *recto* de la libertad ; la libertad "encuentra su *verdadero sentido* en la

elección del *bien moral*. Se manifiesta como una liberación ante el *mal moral*... y así *ad infinitum* o hasta volver al comienzo.

Diferente a la arbitrariedad calvinista de la predestinación y preferencia de Dios por el hombre rico, y consecuente con la doctrina del libre albedrío, Ratzinger reconoce que el hombre "ejerciendo su libertad, decide sobre sí mismo y se forma a sí mismo. En este sentido, el hombre es *causa de sí mismo*". No obstante, "la imagen de Dios en el hombre constituye el fundamento de la libertad y la dignidad de la persona". Poco después parece contradecir lo anterior (aunque la teología medieval puede arreglarlo todo) : "El hombre no tiene su origen en su propia acción individual o colectiva [definición de un C(-) sólido], sino en el don de Dios que lo ha creado".

Una vez reivindicado el ideoléxico en disputa (*liberación*), el autor comienza la valorización de la definición reivindicada por el adversario : "Pero la libertad del hombre es finita y falible. Su anhelo puede descansar sobre un bien aparente ; eligiendo *un bien falso*, falla a la vocación de su libertad". Luego, citando las Escrituras realiza una operación tradicional : asocia diversos ideoléxicos mediante el copulativo "es" -sin deducir uno del otro ; podríamos decir que en retórica el copulativo "es", es un "verbo legislativo"- . Así confirma la antigua valoración negativa de la *desobediencia*, cuya función política es entendida por sus adversarios como profiláctica : "La *auténtica* libertad es 'servicio de la *justicia*', mientras que, a la inversa, la elección de la *desobediencia* y del *mal* es 'esclavitud del pecado' ". La operación sobre los campos semánticos se reduce al dictado de lo que es y no es haciendo uso de el único recurso de la asociación : *desobediencia* = *mal*. Luego, se hace implícito que esa desobediencia no sólo es institucional (referida a los teólogos de la liberación o a los movimientos seculares) sino filosófica : el libre albedrío (precepto católico) si cuestiona la interpretación de la autoridad es *desobediencia*, es decir, es *pecado* ; si es pecado es *esclavitud*, ergo es lo contrario a la *liberación*. Así, la cadena de asociaciones libres (o interesadas) adquiere un estilo deductivo. "Ésta es la naturaleza profunda del *pecado* : el hombre se desgaja de la *verdad* poniendo su *voluntad* por encima de ésta". *Voluntad*, no razón ni racionalidad.

El pecado consiste en "la voluntad de escapar a la relación de dependencia del servidor respecto a su Padre". Todo lo cual es comprensible desde dentro de la religión y lógico desde cualquier teología. Sin embargo, al no hacerse explícita la división entre el reino de Dios y el reino del César (al no distinguirse la relación *padre-niño de adulto-adulto* y *ley-individuo*) se hace implícita la confusión entre religión y política : la desobediencia a Dios es desobediencia a las *autoridades* eclesiásticas y sociales.

Para los teólogos de la liberación, este enclaustramiento de estas santas y santos no era entendido como virtud de pureza sino como simple y aborrecible egoísmo. En cierto momento, Ratzinger logra una idea irrefutable : la aspiración de la liberación por la salvación eterna "no debilita el compromiso en el progreso de la ciudad terrenal, sino por el contrario le da sentido y fuerza". Sin embargo, también se puede afirmar que la ruptura de la obediencia que unen al marginado del privilegiado no impide aspirar a la "salvación eterna", sino lo contrario. La liberación social no impide la liberación metafísica. Sólo que luchar por la justicia terrenal con los ojos puestos en el Cielo no es una lucha que pueda calificar como altruista. Tampoco califica como justa cuando, por inocencia o por hipocresía, sirve los intereses del César.

Finalmente Ratzinger aprueba la reflexión teológica basada en la experiencia, siempre y cuando "esta reflexión sea verdaderamente una lectura de la Escritura, y no una proyección sobre la Palabra de Dios de un significado que no está contenida en ella [*idea del signo unívoco*], el teólogo ha de estar atento a interpretar la experiencia de la que él parte a la luz de la experiencia de la Iglesia misma. Esta experiencia de la Iglesia brilla con singular resplandor y con toda su pureza en la vida de los santos. Compete a los Pastores de la Iglesia, en comunión con el Sucesor de Pedro, discernir su autenticidad".

Antonio Gramsci pensaba que "la religione è la piú 'mastodontica' utopia". (*Quaderni del Carcere*, 1933). Tal vez tenga razón si pensamos en las aspiraciones más profundas de la metafísica religiosa. El Paraíso, la Justicia, la

Justicia al fin... Si pensamos en sus consecuencias terrenales, ya es más difícil encontrar hombres más realistas que los líderes religiosos. Realistas, sobre todo porque la realidad terrenal es obra de sus propios poderes -poderes terrenales, aunque siempre en nombre del cielo.